

## ANTROPOKRISIS: INICIO

### **EL IMPACTO DEL CONCEPTO DE CULTURA EN EL CONCEPTO DE HOMBRE**

C. Geertz

- 1 El concepto ilustrado de naturaleza humana
- 2 El concepto de cultura frente al de naturaleza humana
- 3 La concepción “estratigráfica”: Crítica de Geertz.
- 4 La concepción sintética de Geertz
- 5 Hombre natural, Hombre del consenso y hombre con minúscula.

#### **1. El concepto ilustrado de naturaleza humana**

El nacimiento del concepto científico de cultura equivalía a la demolición de la concepción de la naturaleza humana que dominaba durante la Ilustración y a su reemplazo por una visión no sólo más complicada sino menos clara. La Ilustración concebía al hombre en su unidad con la naturaleza con la cuál compartía la general uniformidad de composición que habían descubierto las ciencias naturales (Bacon, Newton). Según esto, la naturaleza humana está tan regularmente organizada, es tan inevitable y tan maravillosamente simple como el universo de Newton. Quizá algunas de sus leyes sean diferentes, pero *hay* leyes; quizá algo de su carácter inmutable quede oscurecido por los aderezos de modas locales pero la naturaleza humana es inmutable.

#### **2. El concepto de cultura frente al de naturaleza humana**

Tal vez la idea anterior de una naturaleza humana constante e independiente del tiempo puede ser ilusión. Lo que el hombre es puede estar entrelazado con el lugar de donde es y con lo que él cree que es de una manera inseparable. Precisamente considerar tal posibilidad fue lo que condujo al nacimiento del concepto de cultura y al ocaso de la concepción del hombre como ser uniforme. Hoy es aceptado por la Antropología que hombres no modificados por las costumbres de determinados lugares en realidad no existen, que nunca existieron y, lo que es más importante, que no podrían existir por la naturaleza misma del caso. Esta circunstancia hace extraordinariamente difícil trazar una línea entre lo que es natural, universal y constante en el hombre y lo que es convencional, local y variable. En realidad, sugiere que trazar semejante línea es falsear la situación humana o por lo menos representarla seriamente mal. Dar el gigantesco paso de apartarse de la concepción de la naturaleza humana unitaria significa en lo que se refiere al estudio del hombre, abandonar el Edén. Sostener la idea de que la diversidad de las costumbres a través de los tiempos y en diferentes lugares no es una mera cuestión de aspecto y apariencia de escenario y de máscaras de comedia es sostener también la idea de que la humanidad es variada en su esencia como lo es en sus expresiones. Y con semejante reflexión se aflojan algunas amarras filosóficas bien apretadas y comienza una desasosegada deriva en aguas peligrosas. Peligrosas porque si uno descarta la idea de que el Hombre con “H” mayúscula ha de buscarse más allá o debajo de sus costumbres y se la reemplaza por la idea de que el hombre, con minúscula, ha de buscarse “en” ellas corre uno el peligro de perder al hombre

enteramente de vista. En las ciencias sociales estuvieron presentes y hasta cierto punto aún lo están, ambas aberraciones: una marchando bajo la bandera del relativismo cultural, la otra bajo la bandera de la evolución cultural. Pero también hubo intentos para evitar aquellas dos posiciones buscando en las estructuras mismas de la cultura los elementos que definen una existencia humana que si bien no son constantes en su expresiones son sin embargo distintivos por su carácter.

### 3. La concepción “estratigráfica”: Crítica de Geertz.

Geertz llama concepción “estratigráfica” a una estrategia intelectual que concibe al hombre como un compuesto en varios “niveles” (biológicos, psicológicos, sociales y culturales), cada uno de los cuales se superpone a los que están debajo y sustenta a los que están arriba. Esta concepción permite interpretar los hechos culturales a la luz de un fondo de hechos no culturales sin disolverlos en ese fondo ni disolver el fondo en los hechos mismos. El hombre es así un animal jerárquicamente estratificado.

Esta gran estrategia se dedicó : 1. A buscar en la cultura principios universales y uniformidades empíricas que, frente a la diversidad de las costumbres en todo el mundo y en distintas épocas, pudieran encontrarse en todas partes y aproximadamente en la misma forma. Y 2. Relacionar tales principios universales, una vez encontrados, con las constantes establecidas de la biología humana, de la psicología y de la organización social.

De esta manera, la antropología podría determinar las dimensiones culturales en un concepto del hombre en conformidad con las dimensiones suministradas de análoga manera por la biología, la psicología o la sociología.

En esencia, dice Geertz, esta idea no es nueva en absoluto. El concepto de un *consensum gentium* (consenso de toda la humanidad) estaba ya en la Ilustración. Posteriormente, Wissler lo llamo “esquema cultural universal”, Bronislaw Malinowsky habló de una lista de “tipos institucionales universales”, G.P. Murdock hablaba de “comunes denominadores de la cultura”. Geertz plantea: ¿Puede realmente sostenerse este edificio situado a mitad camino entre el S.XVIII y el S. XX? Para sostenerse habría de poder establecerse y afirmarse el dualismo entre aspectos empíricamente universales de cultura, que tienen sus raíces en realidades subculturales y aspectos empíricamente variables que no presentan tales raíces. Lo cuál a su vez exige:

que los principios universales propuestos sean sustanciales y no categorías vacías que estén específicamente fundados en procesos biológicos psicológicos o sociológicos y no vagamente asociados con 2realidades subyacentes”

que puedan ser defendidos convincentemente como elementos centrales en una definición de humanidad en comparación con la cuál las mucho más numerosas particularidades culturales sean claramente de importancia secundaria.

Según Geertz, en estos tres puntos el enfoque del *consensum gentium* fracasa. Respecto al primero p.e. para hacer que la generalización de una vida después de la muerte resulte igual para los confucianos y los calvinistas para los budistas zen y los budistas tibetanos debe uno definirla en términos muy generales en verdad tan generales que queda virtualmente evaporada toda la fuerza que parece tener. Y lo mismo que con la religión ocurre con el “matrimonio” el “comercio” y todo lo demás que A.L. Kroeber llama, acertadamente según Geertz, “falsos universales”.

Según Geertz, si es que existen generalizaciones que pueden hacerse sobre el hombre como hombre no habrán de descubrirse mediante la busca baconiana de universales culturales una especie de escrutinio de la opinión pública de los pueblos del mundo en

busca de *consensus gentium* que en realidad no existe. Dice además que el intento de hacerlo conduce precisamente al género de relativismo que esta posición se había propuesto expresamente evitar.

La dificultad de enunciar universales culturales hace que tampoco pueda satisfacerse la segunda exigencia, es decir, fundar esos universales en particulares procesos biológicos psicológicos o sociológicos. El análisis consiste en cotejar supuestos universales con postuladas necesidades subyacentes y en intentar mostrar que hay cierta buena correspondencia entre ambas cosas (en el nivel social se hace referencia a hechos tan indiscutibles como el de que todas las sociedades para persistir necesitan que sus miembros se reproduzcan, o que deben producir bienes y servicios de ahí la universalidad de cierta forma de familia o cierta forma de comercio. En el plano psicológico, se recurre a necesidades básicas como el crecimiento personal –de ahí la ubicuidad de las instituciones educativas- o a problemas panhumanos como la situación edípica de ahí la ubicuidad de los dioses punitivos y de las diosas que prodigan cuidados. En el plano biológico se trata del metabolismo y de la salud; en el cultural, de hábitos alimentarios y procedimientos de cura...) La estrategia consiste en considerar subyacentes exigencias humanas de una u otra clase y luego tratar de mostrar que esos aspectos culturales que son universal están “cortados” por esas exigencias. Geertz sostiene que es fácil referir las instituciones humanas a lo que la ciencia (o el sentido común) nos dice que son exigencias de la existencia humana PERO ES MUCHO MÁS DIFÍCIL ESTABLECER ESA RELACIÓN DE UNA FORMA INEQUÍVOCA. No sólo casi toda institución sirve a una multiplicidad de necesidades sociales psicológicas y orgánicas (de manera que decir que el matrimonio es un mero reflejo de la necesidad social de reproducción o que los hábitos alimentarios son un reflejo de necesidades metabólicas es incurrir en la parodia) sino que NO HAY MANERA DE ESTABLECER DE UN MODO PRECISO Y VERIFICABLE LAS RELACIONES ENTRE LOS DISTINTOS NIVELES. Con el enfoque de los niveles nunca podemos ni siquiera invocando “puntos de referencia invariantes” establecer genuinas interconexiones funcionales entre factores culturales y factores no culturales; sólo podemos establecer analogías, paralelismos sugerencias y afinidades más o menos convincentes. Todavía cuestiona Geertz otra cuestión: suponiendo que aceptáramos la existencia de tales universales ¿deberían tomarse como elementos centrales en la definición del hombre? ¿o, tal vez, lo que necesitamos es una concepción de la humanidad fundada en un común denominador de un orden más bajo? Esto es, desde luego, una cuestión filosófica, no científica. PERO LA IDEA DE QUE LA ESENCIA DE LO QUE SIGNIFICA SER HUMANO SE REVELA MÁS CLARAMENTE EN AQUELLOS RASGOS DE LA CULTURA HUMANA QUE SON UNIVERSALES, Y NO EN AQUELLOS QUE SON DISTINTIVOS DE ESTE O AQUEL PUEBLO, ES UN PREJUICIO QUE NO ESTAMOS NECESARIAMENTE OBLIGADOS A COMPARTIR. Bien pudiera ser que en las particularidades culturales de un pueblo –en sus rarezas- puedan encontrarse algunas de las más instructivas revelaciones sobre lo que sea genéricamente humano; bien pudiera ser que la principal contribución de la ciencia de la antropología a la construcción –o reconstrucción- de un concepto del hombre pueda consistir en mostrarnos cómo hallarlas.

#### **4. La concepción sintética de Geertz**

El alejamiento de los antropólogos de las particularidades culturales para definir al hombre, se debe principalmente al temor de caer en el historicismo, a perderse en el relativismo cultural a perder, en definitiva, todo asidero fijo.

Según Geertz, necesitamos buscar relaciones sistemáticas entre diversos fenómenos, no identidades sustantivas entre fenómenos similares. Para ello hay que reemplazar la concepción “estratigráfica” de las relaciones que guardan entre sí los diversos aspectos de la existencia humana por una concepción sintética, es decir, una concepción en la cuál los factores biológicos, psicológicos, sociológicos y culturales, puedan tratarse como variables dentro de sistemas unitarios de análisis. ESTABLECER UN LENGUAJE COMÚN EN LAS CIENCIAS SOCIALES no significa meramente coordinar terminologías o acuñar nuevas o imponer una sola serie de categorías a todo el dominio, sino de INTEGRAR DIFERENTES TIPOS DE TEORÍAS Y CONCEPTOS DE MANERA TAL QUE UNO PUEDA FORMULAR PROPOSICIONES SIGNIFICATIVAS QUE ABARQUEN CONCLUSIONES AHORA CONFINADAS EN CAMPOS DE ESTUDIO SEPARADOS.

Dos son las ideas que propone Geertz en este intento:

La cultura se comprende mejor no como complejos de esquemas de conducta – costumbres usanzas, tradiciones, conjunto de hábitos- sino como una serie de mecanismos de control –planes recetas fórmulas reglas instrucciones- que gobiernan la conducta.

El hombre es precisamente el animal que más depende de esos mecanismos de control extragenéticos que están fuera de su piel, de esos programas culturales para ordenar su conducta.

De las anteriores reformulaciones del concepto de cultura y del papel de la cultura en la vida humana, deriva a su vez una definición del hombre que pone el acento no tanto en los caracteres empíricamente comunes de su conducta a través del tiempo y de un lugar a otro, como sobre los mecanismos por cuya acción la amplitud y la indeterminación de las facultades inherentes al hombre que dan reducidas a la estrechez y al carácter específico de sus realizaciones efectivas. Uno de los hechos más significativos que nos caracterizan podría ser en definitiva el que todos comenzamos con un equipamiento natural para vivir mil clases de vidas, pero en última instancia sólo acabamos viviendo una.

Estas ideas se basan en los siguientes supuestos:

La cultura como “mecanismos de control” se basa en el supuesto de que el pensamiento humano es fundamentalmente social y público. No son sucesos que ocurren en la cabeza sino un tráfico de símbolos significativos –palabras, gestos, ademanes, dibujos, sonidos musicales artificios mecánicos...) cualquier cosa que esté desembarazada de su mera actualidad y sea usada para imponer significación a la experiencia. En el caso de cualquier individuo particular esos símbolos ya le están dados en gran medida. Mientras vive los utiliza, o utiliza algunos de ellos, siempre con las mismas miras: colocar una construcción sobre los sucesos entre los que vive para orientarse dentro del “curso en marcha de las cosas experimentadas”., para decirlo con palabras de John Dewey.

El hombre necesita tanto de estas fuentes simbólicas de iluminación para orientarse en el mundo, porque la clase de fuentes no simbólicas que están constitucionalmente insertas en su cuerpo proyectan una luz muy difusa. Los esquemas de conducta de los animales inferiores por lo menos en mucha mayor medida que en el hombre, les son dados en su estructura física; las fuentes genéticas de información ordenan sus acciones dentro de márgenes de variación mucho más estrechos y que son tanto más estrechos cuando más inferior es el animal. En el caso del hombre lo que está dado innatamente son facultades de respuesta en extremo generales que si bien hacen posible mayor plasticidad, mayor complejidad –y, cuando todo funciona como debería- mayor

efectividad de conducta, están mucho menos precisamente reguladas. SI NO ESTUVIERA DIRIGIDA POR ESTRUCTURAS CULTURALES –SISTEMAS ORGANIZADOS DE SÍMBOLOS SIGNIFICATIVOS-, LA CONDUCTA DEL HOMBRE SERÍA UN PURO CAOS DE ACTOS SIN FINALIDAD Y DE ESTALLIDOS DE EMOCIONES, DE SUERTE QUE SU EXPERIENCIA SERÍA VIRTUALMENTE AMORFA. LA CULTURA, LA TOTALIDAD ACUMULADA DE ESOS ESQUEMAS O ESTRUCTURAS, NO ES SÓLO UN ORNAMENTO DE LA EXISTENCIA HUMANA, SINO QUE ES UNA CONDICIÓN ESENCIAL DE ELLA.

En Antropología algunos de los testimonios más convincentes en apoyo de esta posición se deben a los recientes progresos de nuestra comprensión de lo que solía llamarse la ascendencia del hombre: el surgimiento del *homo sapiens* al destacarse de su fondo general de primate. De estos progresos tres tienen importancia capital:

Se descartó la perspectiva secuencial de las relaciones entre la evolución física y el desarrollo cultural del hombre en beneficio de la idea de una superposición interactiva. La visión tradicional sostenía que el progreso biológico se había completado para todos los fines antes de que el progreso cultural comenzara. Pero según las más recientes estimaciones, el paso al modo cultural de vida tardó en cumplirse varios millones de años en el género *homo*. De acuerdo con la opinión actual, la evolución de *homo sapiens* comenzó con su inmediato predecesor *presapiens* en un proceso que se produjo hace aproximadamente 4 m.a. con la aparición de los australopitecos y que culminó con el surgimiento del sapiens mismo hace solamente doscientos o trescientos mil años. De manera que, por lo menos, formas elementales de actividad cultural o protocultural parecen haberse registrado entre algunos de los australopitecos, y esto indica que hubo un traslado o superposición de un millón de años entre el comienzo de la cultura y la aparición del hombre tal como lo conocemos hoy. Las fechas precisas no son importantes; lo que es importante aquí es que hubo un solapamiento, y que fue muy prolongado. Las fases finales (hasta la fecha, en todo caso) de la historia filogenética del hombre se verificaron en la misma gran era geológica –periodo glacial- en que se desarrollaron las fases iniciales de su historia cultural. Los hombres tienen días de nacimiento, el Hombre no lo tiene. Esto significa que la cultura más que agregarse, por así decir, a un animal terminado o virtualmente terminado, fue un elemento constitutivo y un elemento central en la producción de ese animal mismo.

Se descubrió que el grueso de los cambios biológicos que engendraron al hombre modernos a partir de sus progenitores más inmediatos se produjeron en el sistema nervioso central y muy especialmente en el cerebro. Este lento crecimiento de la cultura creó entre las estructuras culturales, el cuerpo y el cerebro un sistema de retroalimentación positiva en el cuál cada parte modelaba el progreso de la otra un sistema en el cuál la interacción entre el creciente uso de herramientas, la cambiante anatomía de la mano y el crecimiento paralelo del pulgar y de la corteza cerebral es sólo uno de los ejemplos más gráficos. Al someterse al gobierno de programas simbólicamente mediados para producir artefactos, organizar la vida social o expresar emociones el hombre determinó sin darse cuenta de ello los estadios culminantes de su propio destino biológico. De manera literal aunque absolutamente inadvertida, el hombre se creó a sí mismo. Durante el proceso de cristalización del género *homo* los cambios más importantes y espectaculares fueron los que se produjeron en el sistema nervioso central pues en ese periodo el cerebro humano y muy especialmente el cerebro anterior alcanzaron sus grandes proporciones actuales. Lo que separa más distintamente a los verdaderos hombres de los protohombres es aparentemente, no la forma corporal general, sino la complejidad de la organización nerviosa. El periodo de

traslado de los cambios culturales y biológicos parece haber consistido en una intensa concentración en el desarrollo neural y tal vez en refinamientos asociados de varias clases de conducta (de las manos, de la locomoción bípeda...) cuyos fundamentos anatómicos básicos (movilidad de los hombros y muñecas, un ilion ensanchado...) ya estaban firmemente asegurados. Es decir, esa evolución sugiere que no existe una naturaleza humana independiente de la cultura. Los hombres sin cultura serían monstruosidades poco operantes con muy pocos instintos útiles menos sentimientos reconocibles y ningún intelecto. Como nuestro sistema nervioso central –y muy especialmente la corteza cerebral, su coronamiento de calamidad y gloria- se desarrolló en gran parte en interacción con la cultura, es incapaz de dirigir nuestra conducta u organizar nuestra experiencia sin la guía suministrada por sistemas de símbolos significativos. Sin hombres no hay cultura pero igualmente, y esto es más significativo, sin cultura no hay hombres.

Se advirtió que el hombre es, desde el punto de vista físico, un animal incompleto, un animal inconcluso, que lo que lo distingue más gráficamente de los no hombres es menos su pura capacidad de aprender que las particulares clases de cosas (y cuántas cosas) *debe* aprender antes de ser capaz de funcionar como hombre. En suma, somos animales incompletos o inconclusos que nos completamos o terminamos por obra de la cultura,, y no por obra de la cultura en general sino por formas en alto grado particulares de ella: la forma dobuana y la forma javanesa, la forma hopi y la forma italiana la forma de las clases superiores y la de las clases inferiores, la forma académica y la comercial. Vivimos como dijo un autor en una “brecha de información”. Entre lo que nuestro cuerpo nos dice y lo que tenemos que saber para funcionar hay un vacío que debemos llenar nosotros mismos, y lo llenamos con información (o desinformación) suministrada por nuestra cultura. La frontera entre lo que está innatamente controlado, y lo que está culturalmente controlado en la conducta humana es una línea mal definida y fluctuante. Algunas cosas, en todos sus aspectos y propósitos, están por entero intrínsecamente controladas. No necesitamos guía cultural alguna para aprender a respirar por ejemplo. No se nos ocurre, sin embargo, explicar sobre una base genética por qué algunos hombres confían en la planificación centralizada y otros en libre mercado. Casi toda la conducta humana compleja es desde luego producto de la interacción de ambas esferas. Nuestra capacidad de hablar es seguramente innata; nuestra capacidad de aprender inglés es seguramente cultural. Entre los planes fundamentales que establecen nuestros genes y la conducta práctica que en realidad practicamos se extiende una compleja serie de símbolos significativos con cuya dirección transformamos lo primero en lo segundo, los planes fundamentales en actividad. “Nuestras ideas, nuestros valores, nuestros actos y hasta nuestras emociones son, lo mismo que nuestro propio sistema nervioso, productos culturales, productos elaborados partiendo ciertamente de nuestras tendencias, facultades y disposiciones con que nacimos, pero ello no obstante, productos elaborados. Chartres está hecha de piedra y vidrio, pero no es solamente piedra y vidrio; es una catedral y no sólo una catedral, sino una catedral particular construida en un tiempo particular por ciertos miembros de una sociedad particular. Para comprender lo que Chartres significa, para percibir lo que ella es, se impone conocer bastante más que las propiedades genéricas de la piedra y el vidrio y bastante más de lo que es común a todas las catedrales. Es necesario comprender también –y, a mi juicio, esto es lo más importante- los conceptos específicos sobre las relaciones entre Dios, el hombre y la arquitectura que rigieron la creación de esa catedral. Y con los hombres ocurre lo mismo: desde el primero al último también ellos son artefactos culturales.

## 5. Hombre natural, Hombre del consenso y hombre con minúscula.

La Ilustración y la antropología clásica tienen algo en común: son tipológicas. Se empeñan en construir una imagen del hombre como un modelo en relación con el cual los hombres reales no son sino reflejos, deformidades, aproximaciones. En el caso de la Ilustración ese modelo se conseguía despojando a los hombres reales de los aderezos de la cultura; lo que quedaba era el hombre natural. En la antropología clásica el arquetipo se revelaría al discernir los caracteres comunes en la cultura y entonces aparecería el hombre del consenso. En ambos casos las diferencias entre los individuos y los grupos de individuos se vuelven secundarias. La individualidad llega a concebirse como una excentricidad el carácter distintivo como una desviación accidental del único objeto legítimo de estudio en la verdadera ciencia: el tipo inmutable, subyacente, normativo. Los detalles vivos quedan ahogados en un estereotipo muerto en la búsqueda de una entidad metafísica. El Hombre con H mayúscula es aquello a lo que sacrificamos la entidad empírica que en verdad encontramos el hombre con minúscula. Pero este sacrificio es tan innecesario como inefectivo. No hay ninguna oposición entre la comprensión teórica general y la concepción circunstanciada entre la visión sinóptica y la fina visión de los detalles. En realidad, el formar proposiciones generales partiendo de fenómenos particulares es lo que permite juzgar una teoría científica y hasta la ciencia misma. Si deseamos descubrir lo que es hombre, sólo podemos encontrarlo en lo que son los hombres: y los hombres son, ante todo, muy variados. Comprendiendo este carácter variado –su alcance, su naturaleza, su base y sus implicaciones- podremos llegar a elaborar un concepto de la naturaleza humana que, más que una sombra estadística y menos que un sueño primitivista, contenga tanto sustancia como verdad. Es aquí donde el concepto de cultura tiene un impacto sobre el concepto de hombre. Cuando se la concibe como una serie de dispositivos simbólicos para controlar la conducta, como una serie de fuentes extrasomáticas de información, la cultura suministra el vínculo entre lo que los hombres son intrínsecamente capaces de llegar a ser y lo que realmente llegan a ser uno por uno. Llegar a ser humano es llegar a ser un individuo y llegamos a ser individuos guiados por esquemas culturales, por sistemas de significación históricamente creados en virtud de los cuales formamos, ordenamos, sustentamos y dirigimos nuestras vidas. Y los esquemas culturales no son generales sino específicos, no se trata del “matrimonio” sino de una serie particular de nociones acerca de lo que son los hombres y las mujeres acerca de cómo deberían tratarse los esposos o acerca de con quién correspondería propiamente casarse.

**En la trayectoria del hombre en su curso característico es donde podemos discernir aunque tenuemente su naturaleza; y si bien la cultura es solamente un elemento que determina ese curso en modo alguno es el menos importante. Así como la cultura nos formó para constituir una especie –y sin duda continúa formándonos-, así también la cultura nos da forma como individuos separados. Eso es lo que realmente tenemos en común, no un modo de ser subcultural inmutable ni un establecido consenso cultural.**

Hay que descender a los detalles para captar firmemente el carácter esencial de, no sólo las diversas culturas, sino las diversas clases de individuos que viven en el seno de cada cultura, si pretendemos conocer a la humanidad cara a cara. El camino que conduce a lo general, a las simplicidades reveladoras de la ciencia pasa a través del interés por lo particular, por lo circunstanciado, por lo concreto, pero aquí se trata de un interés organizado y dirigido atendiendo a la clase de análisis teóricos (de la evolución física, del funcionamiento del sistema nervioso, de la organización social, de los procesos psicológicos, de los esquemas culturales- y muy especialmente atendiendo a su

interacción recíproca. Eso significa que el camino pasa, como ocurre en toda genuina indagación, a través de una espantosa complejidad.